
MARÍA PAULA JIMÉNEZ TRUJILLO

DESDE EL RÍO

Aplicación laboratorios WALDEN
2019

CONTACTO

Cel. +57 3224015519
mpjimeneztproduccion@gmail.com



EXPERIENCIA PREVIA

María Paula Jiménez Trujillo
Realizadora de Cine y Televisión
Máster en documental de creación

Link Curriculum Vitae:

<https://www.canva.com/design/DACuJe004kA/view>

Soy realizadora de cine y televisión, egresada de la Universidad Nacional de Colombia.

Durante la etapa final de mi carrera universitaria, oí de la historia de un pueblo llamado Gramalote, al norte de Colombia, del que se decía que había sido tragado por la tierra y escupido de vuelta.

Sus habitantes, la mayoría ancianos, tuvieron que volver a empezar a vivir.

Producto de eso, realicé mi tesis de grado La Vida en Ruinas, un cortometraje documental que se alejó demasiado de mi interés por un cine contemplativo, pero que me acercó a mi obsesión por la estética de la ruina como un catalizador de la vida y la muerte, de lo sublime y lo putrefacto, de la euforia y el dolor.

Más adelante, después de realizar el Diplomado en Documental de Creación de la Universidad del Valle y el Máster en documental de creación de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, empecé a desarrollar un proyecto documental donde a través de mi dolorosa obsesión por la dualidad del vivir y morir, llegué al camino intrincado de la más íntima de las ruinas: la casa de mi abuela. En esta película, además de acercarme a la idea de lo sublime y bello, de lo tremebundo y horroroso de la ruina, deambulé por el espacio en busca de la ausencia y mis diversos intentos de filmarla. Como resultado de ello nació mi última película documental LA ROÑA.

Ahora, con la posibilidad de hacer parte de DESDE EL RÍO, regreso a mis raíces obsesivas, con la insuperable necesidad de entender los espacios como sujetos catalizadores de la vida y de la muerte, quienes tienen la capacidad de plasmar en sí, como tatuajes, el discurrir del dolor y la alegría del existir y el desaparecer.

ENLACES

LA VIDA EN RUINAS

LINK: <https://www.youtube.com/watch?v=Mf5kqVg8mkg&t=81s>

LA ROÑA

LINK: <https://vimeo.com/285157842>

Contraseña: rona2019

PORTAFOLIO FOTOGRÁFICO

LINK: https://www.canva.com/design/DADVinsgr5s/unYySffKssK6ND-ElgU2Jw/view?utm_content=DADVinsgr5s&utm_campaign=designshare&utm_medium=link&utm_source=sharebutton



CARTA DE MOTIVACIÓN

En el colegio me enseñaron que el Río Atrato es el río más caudaloso de Colombia, en ese entonces lo dibujaba como un grueso trazo azul en el mapa, que separaba un gran pedazo verde de la estampa del mapa del resto del país.

Ahora, y en parte gracias a la decisión de la Corte constitucional de declarar al Río Atrato como sujeto de derechos, adquiero de nuevo conciencia del universo remoto y aislado que existe en sus orillas. De un río que deja de ser algo para ser alguien, para ser un quién y a la vez un dónde.

De un río que tiene tanta historia sobre y bajo su cauce, que además también es un cuándo, y que pareciera esconder y guardar de la manera más celosa todos sus porqués.

Unos ‘por qué’ que podrían hablarnos de nuestras ególatras cotidianidades ciudadinas, donde en un Medellín o en una Bogotá nada de esto nos toca, ni nos hace falta entender, donde el Río Atrato y su Chocó se traducen en algún río del Congo y su África, un dónde y un quién del que nada sabemos y sobre el que todo lo deberíamos saber porque lo tiene y lo sabe todo sobre nosotros, sobre nuestra cultura, sobre nuestra historia, sobre nuestra riqueza y pobreza, sobre nuestra guerra y nuestro dolor.

Para viajar por Colombia, es necesario atravesar por tierra, por aire o por agua alguno de sus ríos, y cada vez que voy en carro de Bogotá al Huila, a Antioquia, al Meta o a la costa, me topo con la furia del Río Magdalena o el Río Cauca, ellos son espacios de los que me apropio que considero míos y por los que exijo respeto; que hable por ello la indignación propagada que ha generado el gran desastre de Hidroituango y su juego de maquinillas con la majestuosidad del Río cauca.

Pero el río atrato es otro asunto. Es un río nuestro, pero está allá lejos, enclaustrado en medio de una selva invisible e inaccesible, una selva peligrosa y furiosa, cuyo rugido es diez veces más poderoso que el del Cauca y del Magdalena. El río atrato, su furia, su violencia, su infinita tendencia al caos, nos asusta, nos da miedo, mucho miedo.

Me surge la necesidad vital de conocer y reconocer este espacio como parte de mí, como parte de un nosotros. Una necesidad de derrotar imaginarios colectivos sobre el hechizo y seducción del Atrato, sobre sus riquezas y sus violencias, sobre su inaccesibilidad y su navegabilidad.

Hoy, el río Atrato permanece bajo el poder de economías ilegales, en muchas de sus poblaciones el control y la censura son tales que los celulares sólo se pueden cargar en puntos vigilados, y la gente sólo puede hablar por altavoz y con un vigilante; en los cascos urbanos de las poblaciones que circundan el río hay presencia de Bandas Criminales, sucesores de paramilitares que tienen nexos de complicidad con la autoridad oficial, la policía y las fuerzas armadas de Colombia. El río Atrato es un espacio en abandono, y al ser uno con las comunidades que lo rodea, ellas también.

El río Atrato parece una inversión más de ese realismo mágico tan absurdo y tan nuestro: donde los jóvenes y niños indígenas se suicidan sistemáticamente desde el 2010 sin aparente explicación, donde se las comunidades que retornan al Chocó llevan encima sus adquisiciones más preciadas: 17 mesas de billar y varios hornos de panadería, donde no existe acueducto ni acceso a agua potable y la gente se muere envenenada con el cianuro que baja por el río a causa de la extracción minera, donde el privilegio de estar en uno de los territorios más ricos de nuestro mundo les es transferido a otros, a los otros que están al otro lado de esa selva espesa. A nosotros los ciudadanos, los de las capitales. Es justo entonces que de alguna manera intentemos hacerle rebote a ese privilegio, nosotros los ahora ladrones privilegiados con consciencia de retorno, entendimiento y apropiación.

No puedo sentir al Atrato propio, si no lo he habitado y respirado. No puedo hacerme acreedora privilegiada de los beneficios de su riqueza y su orgullo si no lo he mirado y permitido ver su mirada de vuelta. No puedo entenderlo como sujeto de derechos, como un dónde y un quién, si no me he dejado tocar, embelesar y adolecer por sus aguas.

Necesito entenderlo, necesito mirarlo y que me mire. Necesito dejarlo ser y por fin ser con él.



DESDE EL RÍO

Relación con el paisaje



El Chocó es la segunda región con más riqueza de biodiversidad del mundo, un planeta donde habitamos aproximadamente 7.53 miles de millones de personas, de las cuales tan sólo 430.000 viven circundando el río Atrato. Este río, que es el más caudaloso de Colombia, comparte territorio con comunidades afrocolombianas, indígenas y mestizas desde tiempos ancestrales, y siempre ha sido un corredor de riqueza y por lo mismo, de guerra.

El río Atrato además está rodeado por una espesísima selva chocoana, imposible de quebrantar si no es por medio del aire, el agua o días y días de largas y peligrosas caminatas. Es así como el Atrato desde siempre ha sido un territorio marginal, perteneciente a la margen y no al centro, a los bordes y no al contenido, no a lo importante.

Lo segregado, lo escupido, lo olvidado.

En 2017, se dio la revolucionaria sentencia que ordenó proteger al Atrato como una entidad autónoma sujeta de derechos, partiendo de la idea de que “La tierra no le pertenece al hombre sino, por el contrario, es el hombre quien pertenece a la tierra”, y que además como entidad viviente que alberga y sostiene la vida en su interior y a su alrededor, debe garantizársele el derecho a la protección, la conservación, el mantenimiento y la restauración, lo que, por añadidura, significa la protección de las comunidades que lo habitan.

La relación de quienes habitan en los alrededores del Atrato con el río siempre ha ido mucho más lejos que la del ser con su territorio: el río ha sido vida, muerte y sanación. En él han dado a luz las mujeres chocoanas como tradición ancestral, y a sus orillas han enterrado el cordón umbilical de sus niños en representación de esa unión inquebrantable con la tierra. En él se han bañado, han pescado, comido y dado de comer. En él también se ha matado. A él han llegado a matar. Y a él han arrojado los cuerpos sin vida de esos niños que el mismo río vio nacer. Cuerpos que han llegado hasta las lavanderas que trabajan en las orillas, que muchas de ellas han apadrinado, les han dado un nombre y un entierro justo. Es a través de él que se han dado los grandes éxodos por culpa de la guerra, de familias numerosas de atrateños que se ven obligados a abandonar su ombligo en la tierra para migrar a la ciudad a intentar sobrevivir. Es a través de él, que bajo la esperanza de los acuerdos de paz, muchas de esas familias han decidido regresar, pero que tras la elección de este nuevo gobierno se encuentran en el titubeo de volver a partir.

El río atrato con sus vaivenes, es un mar de secretos, de dolores, de dudas y de luchas eternas sin solución.

El río atrato ha sido víctima, y ha sido obligado a ser victimario, obligado a servir de corredor para los grupos armados, ilegales y estatales, que traen consigo a la muerte. Obligado a recibir a los muertos y tragárselos. Obligado a sacar a las comunidades de sus tierras.

El río atrato ha sido secuestrado, y lleva más de 50 años privado de su libertad.



¿Cómo se filma a un secuestrado sin violentarlo de nuevo, sin revictimizarlo?

¿Ignoráis por qué razón las ruinas agradan tanto? Yo os lo diré: todo se disuelve, todo perece, todo pasa, sólo el tiempo sigue adelante. El mundo es viejo y yo me paseo entre dos eternidades. ¿Qué es mi existencia en comparación con estas piedras desmoronadas?

Diderot

Las cicatrices de aquella violencia, de aquél secuestro, van quedando en sus aguas, en sus orillas, en sus tierras. Y podría ser esa, quizás, una manera de filmarlo delicadamente sin violentarlo, de que de alguna tímida manera pudiera devolverle la mirada, empoderarla y alzarla.

Cicatrices que se traducen en las ruinas de las casas de las poblaciones aledañas, de las balsas derruidas, de las iglesias cayendo, de las casas de madera semi hundidas en las profundidades del Atrato. Del tronco que flota dejándose llevar por la corriente vertiginosa, que se confunde con la pierna plácida de un niño que flota en sus aguas.

Es a partir de las ruinas que va dejando el secuestro del Río Atrato que él, ese río, podría irnos dejando pequeñas imágenes epistolarias de su vivencia, de su historia, de su dolor.

Se trata, quizás, de regresar un poco a esa idea barroca de la ruina bucólica, la naturaleza que nace de entre los trozos de madera marchitos de las casas caídas y crece subiendo por entre las vigas enmohecidas, abrazando fragmento a fragmento tanto dolor de la guerra y el éxodo obligado, creando un diálogo entre esa naturaleza omnipotente y la cultura que la irrumpe, la habita, la construye y deconstruye, la arruina. Un diálogo entre esa naturaleza nuestra y nuestra infimidad, entre lo apolíneo y lo dionisiaco.

Contemplar.

Contemplar el infinito, majestuoso y vasto de la naturaleza, y de la irrupción y grandeza entre ella de las ruinas, de lo acabado, de lo agonizante, incluso de lo ya muerto; y en todo ello, la irrupción de esas pequeñas vidas humanas, que han naturalizado la ruina y su belleza en su cotidianidad, la utilizan, la habitan, la hacen parte de sí.

Imágenes que evoquen estas miradas de ida y vuelta, yo, que miro a ese río a través de la cámara y ese río que me mira desde sus cicatrices con grandeza, orgullo y sabiduría; que evoquen la dialéctica de manera bucólica entre la luz y la sombra, y la relación de la monumentalidad de la ruina y la naturaleza y el temor, la humedad, el silencio, entre el mundo interior construido y destruido y el mundo exterior natural, destruido y construido de nuevo como sujeto de derechos.



Las cicatrices del atrato como vestigio del pasado (y de muchas maneras, del presente y premoniciones del futuro), de la transitoriedad, de la permanencia, la lucha, la resistencia, la caída, el ocaso, el dolor, la soledad.

Una imagen regida por la fuerza del tiempo. El espacio, el río atrato, el tiempo, sus cicatrices ruinosas. "Se dice que el fin último de la belleza ha de ser la muerte, una muerte que en sí misma es belleza y vida".

«Veo el mármol de las tumbas hacerse polvo, ¡y no quiero morir! ¡y envidio un ligero tejido de fibras y de carne, una ley general que se ejecuta en el bronce! Un torrente arrastra unas naciones y otras al fondo de un torrente común, yo, yo solo, quiero detenerme en la orilla y hender la ola que pasa junto a mí»

DIDEROT.





CONTACTO

María Paula Jiménez Trujillo
mpjimeneztproduccion@gmail.com
Cel. +57 3224015519